

La producción social del capital cultural: ¿privilegio o mérito?

MODESTO GAYO / BERTA TEITELBOIM

Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced –respondió Sancho–, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos.

MIGUEL DE CERVANTES, *El Quijote*

1. La sociología, la igualdad y la meritocracia

Si ha habido un lugar común en el pensamiento sociológico, ése es la preocupación por la igualdad. Y si ha habido algo que los estudios sociológicos han mostrado insistente y consistentemente, eso es la presencia de fuertes desigualdades en las sociedades contemporáneas. ¿Por qué es esto importante? Al menos por dos razones. La primera tiene que ver con la igualdad como gran valor de la modernidad política. Ésta se erige sobre bases morales frente a las sociedades estamentales previas, en las cuales la posición de cada individuo dependía fuertemente de su herencia social y económica. Ahora, en el nuevo escenario histórico moderno, los individuos serían iguales en estamento, todos ciudadanos, todos pueblo soberano, todos nación. Eso significaría que no cabía hacer más distinciones entre los mismos que las que exigirían las funciones que deberían cumplir. En este sentido, deberían ser los más funcionales, los que desempeñasen las tareas asignadas a cada cargo. En otras palabras, la asignación de cargos, y todo lo que lleva aparejado, debería hacerse en función de las capacidades individuales y no de la representación de grupos o pertenencia a los mismos, del mérito y no del origen. Ésa es una de las grandes promesas de la modernidad, elemento esencial de su frontis normativo y fuente de legitimidad política.¹

La segunda razón tiene que ver con un proyecto político, y por tanto con la existencia de un fuerte vínculo entre sociología y política. La sociología ha jugado un papel central no sólo en la identificación de importantes desigualdades en nuestras sociedades, como un observador haría en cualquiera de las ciencias naturales, sino en la denuncia de las mismas con un claro objetivo político: la corrección de las inequidades constatadas. De aquí surge en buena medida la dificultad que ha habido en encajar el pensamiento sociológico con las sociedades llamadas capitalistas, que es en las cuales el mismo se ha desarrollado con más fuerza. Como es bien sabido, en sentido contrario, el pensamiento económico no se ha enfrentado con los mismos problemas, pues la igualdad no ha sido más que un elemento más, y rara vez el primero, en su desarrollo, lo que muestra que no todas las disciplinas han tenido la misma inspiración y evolución normativa en la susodicha modernidad.

¹ Un claro ejemplo de ello son las declaraciones que políticos de la derecha y de la pretendida renovación dentro de la Concertación han venido haciendo en los últimos meses en Chile, exigiendo que los cargos gubernamentales se asignen a base de capacidad y no de contactos o “cuoteo” político. Otro ejemplo en este mismo país serían las movilizaciones de los estudiantes que se desarrollaron con especial fuerza en el año 2006, cuando la igualdad de las condiciones educativas independientemente del origen familiar o social fue una de las principales banderas de lucha. Con respecto a ninguno de ambos casos esta nota de investigación toma partido, sino que hacemos constar la importancia práctica de este valor en la lucha política. Los casos a nivel internacional son innumerables.

2. La reproducción cultural

Una manera muy común de estudiar la igualdad ha sido prestar atención a la relación entre las dotaciones de recursos de los padres y los hijos. La línea de investigación más transitada ha sido la que investiga la relación entre las posiciones de clase (en general, clases sociales construidas a partir de clasificaciones de ocupación) de los padres y los hijos, lo que en su conjunto vino a ser conocido como la movilidad social. Sobre esta temática hay estudios ya clásicos (Erickson y Goldthorpe, 1993), los cuales en general muestran que hay una relación fuerte entre la clase de origen o de los padres y la de los hijos o presente. Al mismo tiempo, también destacan que hay grados variables de movilidad según país.

Otra línea de investigación es la que se dedica a estudiar la relación entre la educación de los padres y la de los hijos (Gayo, 2007). A partir de la misma podemos llegar a conclusiones similares a las anteriores, esto es, existe una importante relación entre ambas, y al mismo tiempo se observa cómo las diferentes sociedades, al menos en su gran mayoría, han visto elevarse los niveles educativos de sus poblaciones de forma dramática durante el siglo XX, hasta llegar a la actualidad, momento en el que prácticamente ha desaparecido el analfabetismo en muchas de ellas.

Una contribución que ha llegado a hacerse célebre, pero que no ha tenido un seguimiento paralelo a su fama, ha sido la iniciada por investigadores como B. Bernstein (1989) y P. Bourdieu (1979), en la cual se destaca el papel jugado por el contexto familiar en la formación intelectual de las personas y por tanto en su éxito escolar. Si bien ambas obras estuvieron orientadas a mostrar las bases sociales del logro educativo, tema particularmente importante en sociedades que se declaraban meritocráticas, hubo otra línea de investigación que alcanzó un notable desarrollo en la obra del intelectual francés, pero que posteriormente no ha sido seguida con la misma intensidad que el éxito en la escuela o la universidad. Este aspecto no tan visitado por los académicos es el que se refiere a la formación de los patrones culturales individuales, esto es, en lo que aquí respecta, al estudio de la relación entre las prácticas y los gustos culturales de padres e hijos. Esta temática es a la que nos referimos cuando hablamos de “reproducción cultural”.

3. Métodos

Con el objetivo de estudiar la reproducción cultural, la Encuesta Nacional UDP incluyó una batería de preguntas sobre las prácticas culturales de padres e hijos. Originalmente, se preguntó por padres y madres en forma separada, de tal manera que se abriera la posibilidad de distinguir entre los efectos de ambos. Sin embargo, las pruebas estadísticas realizadas muestran que existe una correlación muy alta entre sus prácticas, lo que nos ha llevado a trabajar principalmente con las prácticas de los padres como indicadores del perfil cultural del padre y la madre o la familia de origen.

En cuanto a las preguntas, a las personas se les ofreció un conjunto de cuestiones sobre sus prácticas, teniendo el encuestado que proporcionar información sobre sí mismo, su madre y su padre. En concreto, se preguntó por separado sobre cuáles de las siguientes actividades realizaban el padre y la madre: leer un libro completo; ir al cine; ir al teatro; ir a museos, bibliotecas o galerías de arte; ir a conciertos de música popular; ir a conciertos de orquestas o coros o la ópera; visitar sitios históricos; e ir al estadio. Esta última no sería considerada en el análisis que presentamos aquí, puesto que se trata de una práctica que no está asociada positivamente con las otras.

A partir de las respuestas dadas, se realizó un estudio de su dimensionalidad, de tal manera que pudiésemos saber si existía un eje o dimensión que relacionase a todas o varias de ellas, o si se trataba de temas completamente diferentes. A este respecto, se encontró que casi todas las prácticas estaban relacionadas en una dimensión que podíamos interpretar como una escala de participación cultural en actividades de alta cultura. De la misma quedaba excluida el fútbol. A base de estos resultados, se construyó una escala aditiva de participación, lo que significa que los encuestados y sus padres obtenían una puntuación equivalente al número de actividades que habían realizado o realizaban.

4. Hallazgos, o lo que en Chile sucedió

Tal y como lo hemos planteado, hablar de reproducción y plantear una metodología para estudiarla no da término a todas las dificultades de su estudio. Un problema adicional es hacer una evaluación de la misma, pues el automatismo de vincular la reproducción a algo negativo y su contrario a la excelencia social nos llevaría a un absurdo al menos por dos razones. La primera porque la transmisión de capital cultural de padres a hijos, cuando es de buena calidad, es un fenómeno positivo. Si esto se da, los padres estarían haciendo lo que se supone que debieran hacer, esto es, ofrecer a sus hijos una buena educación, lo cual debería concretarse en las prácticas culturales de sus descendientes directos. La segunda razón es que, tal y como sucede en Chile, cuando no hay reproducción no es necesariamente porque las personas provenientes de familias con perfiles culturales más “pobres” hayan mejorado, sino mayormente por la mejoría de los individuos de familias con recursos. Por estas dos razones, podríamos tener una reproducción positiva y una movilidad cultural ascendente excluyente de las personas de menos recursos. Debemos leer la parte restante de esta nota de investigación teniendo esto presente para entender lo que sucedió en Chile durante las últimas décadas con respecto a la reproducción cultural, o lo que podemos denominar la “movilidad cultural”.

En relación con ello nos vamos a centrar en dos aspectos importantes. El primero es la diferencia entre la intensidad participativa entre padres e hijos, atendiendo particularmente a los cambios en el tiempo o entre grupos etarios. Y la segunda se trata de la comparación entre los perfiles participativos de estos dos grupos, con especial énfasis en la dimensión socioeconómica. Por tanto, no prestamos atención solamente a las diferencias intergeneracionales, sino también a los posibles cambios cuantitativos que puedan indicar que ha habido o no importantes divisiones en los patrones de participación de acuerdo al momento histórico y a los diferentes estratos socioeconómicos.

4.1. La movilidad cultural

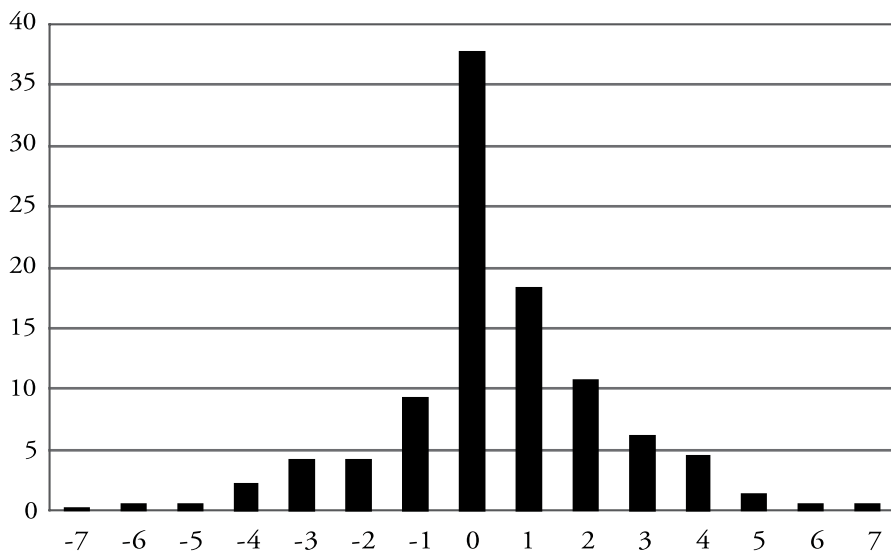
Para nuestros propósitos, la movilidad cultural será el movimiento intergeneracional medido como la diferencia entre la intensidad participativa en actividades de cultura legítima² entre padres e hijos. Si atendemos a este fenómeno (ver Gráfico 1),³ es claro que en Chile ha habido movilidad. Asimismo, también es evidente que ha habido inamovilidad o reproducción de patrones culturales.

2 La “legitimidad” cultural es un concepto discutido. En este caso, por tal idea nos referimos al valor relativo que los miembros de una sociedad atribuyen a actividades de participación cultural específicas.

3 Con el objetivo de hacer más sencilla la lectura de este gráfico, debemos indicar que se trata de una presentación de las diferencias en número de actividades realizadas entre padres e hijos. Esto significa, por ejemplo, que el 0 muestra que no hay diferencias intergeneracionales, mientras que un 3 indicaría que los hijos tendrían un perfil participativo superior en 3 actividades al de los padres.

Gráfico 1

Diferencias en número de actividades culturales practicadas entre padres e hijos



Con respecto a lo primero, la movilidad, la encontramos ascendente y descendente.⁴ Predomina la ascendente, que acumula sobre un 40%, si bien de forma escalonada, lo que indica que descollan los movimientos de corto recorrido (para esta terminología, ver Gayo, 2007). Esto significa que cuando hay mejoría en los perfiles culturales, ésta suele concretarse en una o dos actividades más, siempre obviamente entendida esta distancia en los términos de la escala empleada.

También hay movilidad descendente, cercana al 20%, y en la cual igualmente destacan los movimientos de corto recorrido. Hay, por tanto, bastantes personas con una intensidad participativa en actividades de cultura legítima por debajo de la de sus padres. Si a ello le agregásemos sobre el 37% de inamovilidad, tendríamos sobre un 55% de estancamiento o deterioro cultural.

Esta descripción de la diferencia entre padres e hijos es importante en la medida en que confirma que efectivamente el consumo de cultura legítima ha aumentado en el tiempo, pero ello no ha sido así para toda la población y hay un importante grupo de personas que “descienden” culturalmente.

A menos que tengamos un particular empeño en hacer uso exclusivo de las medias agregadas para el conjunto de la muestra, este último punto también debe ser tomado en consideración. De lo contrario, sólo estaremos atendiendo a lo que sucede a una parte, y excluyendo del análisis y del relato sobre Chile a lo que ha afectado a alguna o algunas de sus partes, cuya ocultación a menudo es un ejercicio de violencia simbólica.

4.2. ¿Diferencias generacionales?

Una pregunta pertinente es si la movilidad cultural ha cambiado, crecido o disminuido, entre generaciones. En la base de esta cuestión estaría la idea de que Chile habría sufrido una muy importante expansión económica, con incremento considerable de los niveles de vida, en las últimas tres décadas. En cualquier caso, independientemente del dato puntual sobre el crecimiento económico, la pregunta planteada abre la reflexión y la investigación a la historia de la sociedad chilena de al menos la segunda parte del siglo XX.

⁴ Como es obvio, utilizamos la nomenclatura al uso de los estudios de movilidad social.

Si bien la pregunta es legítima e importante, debemos subrayar que carecemos de los medios óptimos para responderla, esto es, no disponemos de datos longitudinales, los cuales nos permitirían comparar el comportamiento de una cohorte particular en dos o más momentos distintos en el tiempo. ¿Por qué es esto importante? Porque lo que sucede en el tiempo está afectado por diferentes factores. Nosotros destacaremos dos de ellos, sin ánimo de exhaustividad. El primero es el que ha venido a ser conocido como ciclo de vida, y se refiere a que el comportamiento de los seres humanos sufre variaciones de acuerdo a la etapa que están viviendo, la cual comúnmente estará relacionada con su cambio biológico (madurez, envejecimiento, etcétera). El segundo factor se refiere al cambio generacional o entre cohortes de edad, lo que indica que ha habido un cierto tipo de transformación en la sociedad. El problema que plantea carecer de datos longitudinales es que no podemos distinguir entre ambos efectos del tiempo, al menos no de forma directa. Para el análisis que ahora presentaremos, esto significa que tampoco se puede aceptar por defecto que el ciclo vital sea la explicación de todo cambio.

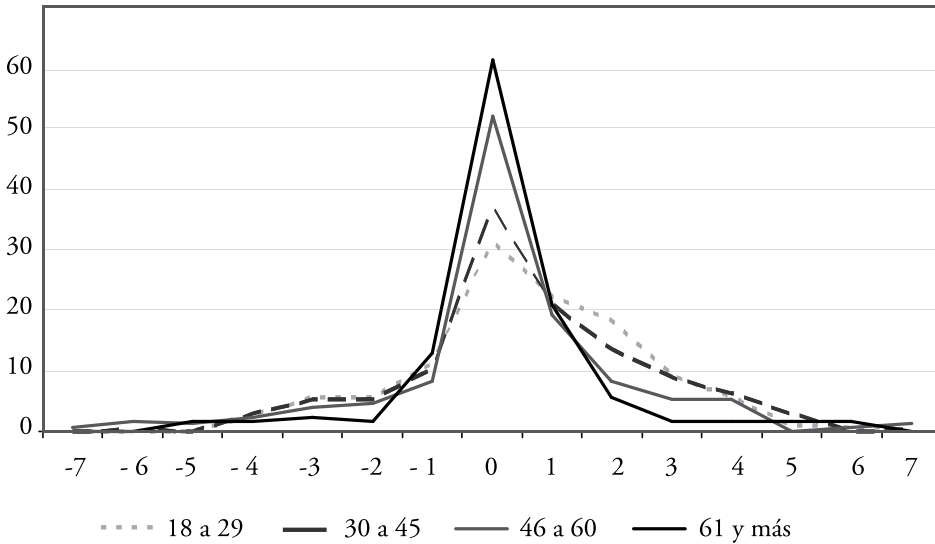
Si atendemos al Gráfico 2, observamos importantes diferencias. En primer lugar, tomar en consideración la distribución de porcentajes según cohorte nos muestra que la descripción sobre la movilidad cultural presentada en el apartado previo debiera ser corregida fundamentalmente, ya que parece esencial incorporar el factor generacional en la comprensión y la explicación de la participación cultural en Chile (véase Gayo et al., 2009). En segundo lugar, observamos una relación monótonica entre grupos de edad y diferencias entre padres e hijos. En concreto, es posible distinguir un patrón cambiante, encontrándose en los grupos más jóvenes mayores grados de movilidad. Como indicábamos antes, nos es imposible diferenciar entre efectos de ciclo de vida y cambios reales en la sociedad, aunque hay tres razones para pensar que algún cambio sí se haya estado produciendo. Éstas son las siguientes:

1. Una tendencia de este tipo encaja bastante bien con la tesis de una relativa masificación o extensión del consumo cultural en las últimas décadas.
2. Si bien el grupo más joven no es el que necesariamente debiera tener los niveles más elevados de participación de acuerdo a la literatura comparada (por ejemplo, véase Warde y Gayo, 2009), en Chile es sin duda una de las cohortes más participativas (Gayo et al., 2009).
3. Los diferentes grupos de edad tienen a su vez grupos etarios de padres distintos, por lo que sus puntos de referencia serían diversos. Esto es importante porque si en la sociedad chilena se observa una creciente participación cultural, de forma socialmente transversal, ello significa que los padres de las generaciones más jóvenes serían más participativos que los de las mayores, lo que debería mitigar las diferencias que se diesen en términos absolutos, esto es, los jóvenes de ahora pueden ser bastante más participativos que los de hace 40 años, pero sus puntos de referencia, sus padres, serían también diferentes.

Por el momento, ante la duda, lo que podemos sugerir es que si se tratara de un cambio, aunque se refiera solamente a parte de nuestra medición, reflejaría un aumento de la movilidad cultural, o un incremento de la diferencia intergeneracional entre intensidades participativas. De este modo, si damos esto por bueno, en la sociedad chilena habría habido durante la segunda mitad del siglo XX un giro desde la predominante reproducción o inmovilismo cultural hacia la participación creciente de las nuevas generaciones de chilenos.

Gráfico 2

Diferencias en número de actividades culturales practicadas entre padres e hijos según cohorte



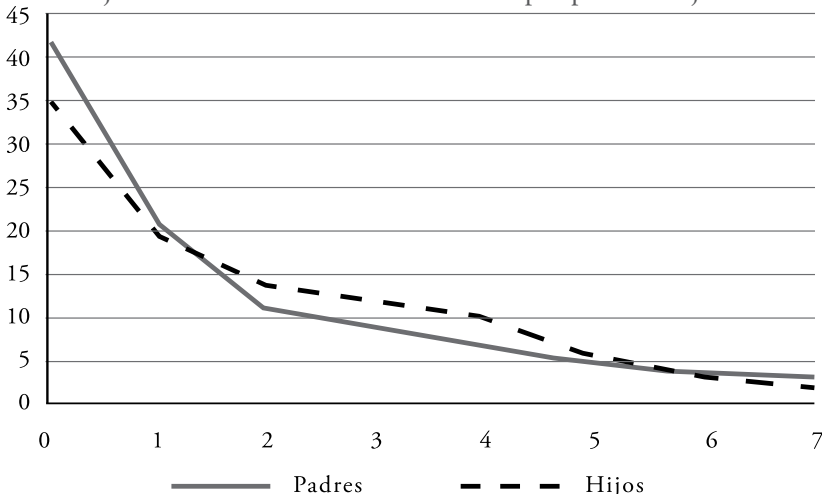
4.3. ¿Importa la clase social?

Una de las cuestiones más interesantes es entender los cambios que ha habido de acuerdo con la clase social de pertenencia. En otros términos, ¿cuál fue la práctica cultural de los individuos de las diferentes clases? En este caso, utilizamos la clasificación en grupos socioeconómicos que categoriza a los mismos como C1, C2, C3, D y E como una manera de estudiar estas diferencias sociales.

Si miramos el Gráfico 3, podemos concluir que padres e hijos no son tan diferentes, pues muestran curvas con patrones casi idénticos. No obstante, observamos, tal y como anunciábamos en el apartado previo, que los hijos son más participativos que sus padres. Hay, por tanto, efectivamente una mejoría intergeneracional. Si el relato se terminase aquí, no tendríamos más que una constatación, que suele deleitar a tantos, de un progresivo enriquecimiento del perfil cultural de los chilenos, en paralelo a la marcha de su economía. Esto no cabe duda de que es cierto hasta cierto punto, pero la historia muestra ribetes que no caben en este tipo de relatos simplificadoros. En definitiva, Chile contiene una historia de éxitos y fracasos durante las últimas décadas, y no sólo de los primeros. Sin embargo, no basta decirlo, sino que debemos constatarlo y especificarlo.

Gráfico 3

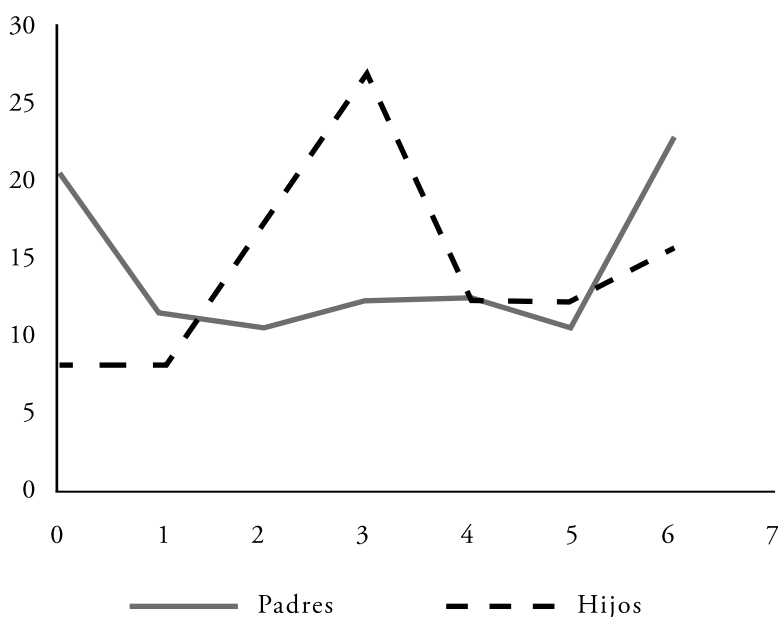
Porcentaje de actividades culturales realizadas por padres e hijos



Desde el punto de vista de la participación, lo que podríamos llamar la capitalización cultural de los chilenos ha sido fuertemente desigual o asimétrica. ¿Quiénes han sido los principales beneficiarios del desarrollo? En primer lugar, podríamos decir que el beneficio ha sido diferente según clase social. En segundo lugar, esta diferencia ha sido una función de la clase de pertenencia. En este sentido, encontramos una relación positiva entre grupo socioeconómico y movilidad cultural (véase Tabla 1 en Anexo). Para entenderlo con claridad, prestemos atención a los Gráficos 4 y 5, los cuales muestran distribuciones completamente disímiles.⁵ De este modo, en tercer lugar, podemos concluir que las personas pertenecientes a los grupos socioeconómicos C1 y C2 son las que muestran un mayor crecimiento en términos culturales (ver Gráfico 4 referido al primero y la Tabla 1). A este respecto, si atendemos al C1, entre los padres y los hijos, el 0 en participación desciende del 20% a menos de un 10%, y las personas que realizan dos actividades o más crecen de forma muy importante. En cuarto lugar, hay perdedores o, para utilizar otras palabras, clases sociales que han asistido al desarrollo de su país sin recibir los beneficios del mismo. Son iguales a como eran, pero dentro de un escenario social cambiado, lo que estaría relacionado con situaciones de marginación cultural, y por ello social, todavía mayores que en el pasado. Sobre todo se manifestarían importantes diferencias entre personas algunas décadas atrás no tan distantes entre sí, al menos desde el punto de vista de la participación cultural. Chile, por tanto, ha generado oportunidades y también polarización. En este sentido, si el clásico rostro de Jano miraba al futuro y al pasado, la cara del desarrollo chileno manifiesta evidentes síntomas de riqueza junto a profundas marcas de abandono. Al menos en este punto, la tradición cultural de la marginalidad y su traspaso generacional no es más que un estigma social con el que deberán convivir sus portadores en una sociedad que la rechaza y por ello mismo los aísla. La comparación entre los Gráficos 4 y 5 es una muestra de esta realidad. El último, que se realizó con información para el grupo socioeconómico E, presenta una situación de inmovilidad entre padres e hijos. El tiempo parece haberse congelado para ellos. Esto es particularmente dramático si pensamos en los bajísimos niveles de participación que ya manifestaban los padres.

Gráfico 4

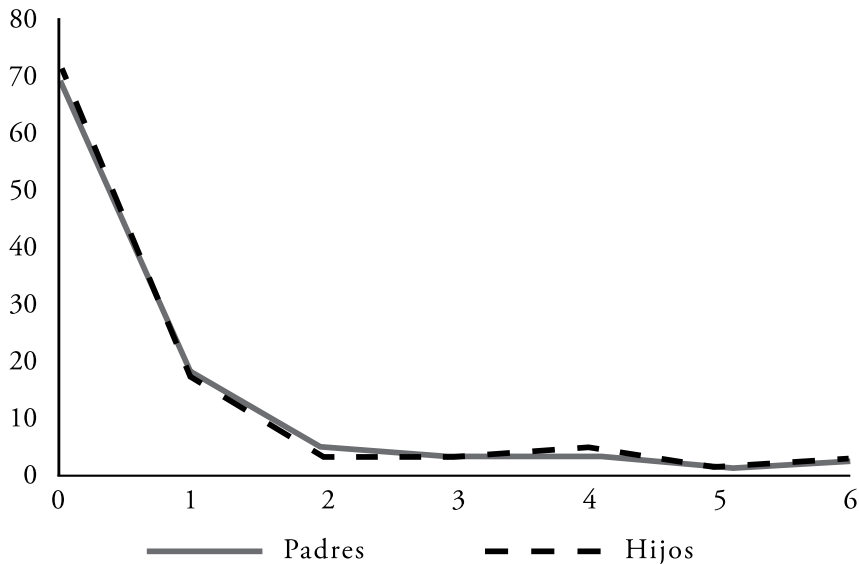
Porcentaje para el número de actividades culturales realizadas por padres e hijos del grupo socioeconómico C1



⁵ Por razones de espacio sólo incluimos los casos extremos, puesto que los demás muestran un comportamiento intermedio y característico de acuerdo a su posición en el orden de grupos socioeconómicos de la clasificación.

Gráfico 5

Porcentaje para el número de actividades culturales realizadas por padres e hijos del grupo socioeconómico E



5. Conclusiones

Una vez leído y entendido el análisis previo, uno podría preguntarse si los resultados no serán una función específica de las variables contenidas en los mismos, es decir, de las actividades por las que se preguntó. Sin duda, como en todo estudio, esto tiene que ser así por definición. El tema de fondo, sin embargo, es si nuestros resultados nos ofrecen una imagen fiable de las bases sociales sobre las cuales se ha ido configurando la participación cultural en la sociedad chilena actual. Esto es imposible resolverlo sin criterios externos a los del estudio mismo, y en Chile carecemos de una tradición de investigaciones que nos permitan tener referencias externas acabadas. En otros países la situación no parece ser muy diferente.

Una vez dicho esto, hay un elemento de comparación disponible que nos sorprende por su semejanza con nuestros hallazgos. Se trata de la consistencia entre estos resultados y los del informe del 2007 para educación (Gayo, 2007). En ambos casos, encontramos para el conjunto de la muestra un patrón de movilidad muy similar. En cifras aproximadas, podríamos decir que un 20% empeora su situación, un 40% se queda como estaba y un 40% mejora, y esto tanto en términos del nivel educativo como desde el punto de vista de la participación cultural. Esto parece mostrar que, como cabría esperar, logro educativo y perfil cultural van de la mano, y también que en la sociedad se da todo tipo de movimientos, predominando entre ellos la figura del desarrollo que se ha convertido en un fetiche omniabarcante, y en una realidad cotidiana para todos los que lo han disfrutado junto a aquellos que han sufrido quedarse irreversiblemente atrás en el tránsito entre las generaciones analizadas.

El desarrollo tuvo sus beneficiarios y sus momentos. Con respecto al segundo, pareciera que nuestros análisis sugieren que las oportunidades y la intensidad de la participación cultural habrían ido incrementándose a lo largo de las últimas décadas. En otros términos, la movilidad cultural sería más elevada en las generaciones más jóvenes que en las de los mayores. A una explicación de este hecho probablemente deba contribuir la idea de la masificación cultural, pero esto es sólo parte de la historia. En este sentido, un relato de la participación cultural en Chile y sus cambios a lo largo de las últimas décadas debe atender a las posiciones sociales que incrementaron su capi-

tal cultural, sobre todo las personas pertenecientes a los grupos socioeconómicos C1 y C2, y aquellas que perdieron el tren del desarrollo, principalmente los miembros del grupo E, en donde el estancamiento parece ser la huella del crecimiento económico. Un cambio que ellos nunca llegaron a vivir, excepto como dolorosa experiencia de abandono o de haberse quedado atrás dentro de una sociedad cada vez más exigente en lo educativo y culturalmente sofisticada.

Anexo

Tabla 1

Diferencia de porcentaje entre padres e hijos en su intensidad participativa de acuerdo con el grupo socioeconómico de los últimos (%)

	C1	C2	C3	D	E	Total
0	-12,2	-22,8	-19,7	-12,5	2,6	-15,1
1	-3,3	-0,8	2,3	2,4	-1,7	0,8
2	6,5	4,8	4,3	5,4	-1,6	4,4
3	14,6	4,8	6,3	1,4	0,0	4,5
4	0,0	9,3	6,8	2,8	1,6	4,8
5	1,6	4,8	0,3	-0,5	-0,8	1,0
6	-0,8	0,0	-0,6	0,0	0,8	-0,2
7	-6,5	0,0	0,3	0,9	-0,8	-0,3

Referencias

- Bernstein, B. (1989; 1ª edición inglesa, 1971). *Clases, códigos y control. I. Estudios teóricos para una sociología del lenguaje*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (1979). *La distinction*. París: Minuit.
- Erikson, R., y Goldthorpe, J. H. (1993). *The Constant Flux. A Study of Class Mobility in Industrial Societies*. Oxford: Clarendon Press.
- Gayo, M. (2007). “Movilidad educacional y valoraciones individuales en Chile a principios del siglo XXI”, nota de investigación sobre la tercera Encuesta Nacional UDP, *Revista UDP*.
- . (2009): “Testing Bourdieavian Theory: A Model of Cultural Reproduction”, trabajo presentado en el seminario “Vigencia (y urgencia) del pensamiento de Pierre Bourdieu”, celebrado en la Universidad Diego Portales los días 27-28 de marzo de 2008, en Santiago de Chile.
- Gayo, M., Teitelboim, B., y Méndez, M. L. (2009). “Patrones culturales de uso del tiempo libre en Chile. Una aproximación desde la teoría bourdieuana”. *Universum*, 24, 2.
- Warde, A., y Gayo-Cal, M. (2009). “The Anatomy of Cultural Omnivorousness: The Case of the United Kingdom”, *Poetics*, 37: 119-145.